

MUNDO HISPÁNICO

SUPLEMENTO A LA 2.^a EDICION
DEL NUMERO EXTRAORDINARIO
DEDICADO AL CONGRESO
EUCARISTICO INTERNACIONAL

RESUMEN GRAFICO DEL CONGRESO EUCARISTICO DE BARCELONA



(Foto Batllés-Compte)

ESTE SUPLEMENTO SE FACILITA GRATUITAMENTE CON CADA EJEMPLAR DE LA
2.^a EDICION DEL NUMERO EXTRAORDINARIO DEDICADO AL CONGRESO EUCARISTICO

NUMERO SUELTO

6 P E S E T A S

LA CRISTIANDAD EN PIÉ

Los católicos del mundo entero han estado presentes en Barcelona, de uno o de otro modo, en jornada que ha de quedar señalada como trascendental y decisiva para el catolicismo. Y Barcelona es y ha sido España.

Durante una semana entera fueron llegando a este puerto latino los peregrinos del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Llegaban por mar, por aire, por carretera... Cada diez minutos, entraba un tren en la gran urbe catalana. Llegaban las gentes a millares. La ciudad fué convirtiéndose en campamento y refugio. Barcelona fué en esos días como la tierra de promisión.

Venían con una fe antigua y secular, la fe amenazada de Europa, la fe de los perseguidos orientales y el fervor de Catacumbas de los países amenazados por los sin-Dios. Eran rumanos, polacos, ucranianos, húngaros, lituanos, eslovacos... Venían a sentir en la unidad religiosa la asistencia de la Iglesia a la supervivencia de sus pueblos. Venían a vencer esta hora de crisis trágica con el heroísmo de una esperanza imperecedera; a sentirse como en familia en el seno mismo de la Cristiandad.

Otros venían con el fervor novísimo de la verdad recién descubierta. Eran chinos, japoneses, indostánicos... Para ellos era el día de la gran confirmación, del testimonio universal. Venían almas impacientes y estruendosas de los pueblos jóvenes y dinámicos (de Norteamérica y Canadá), en potentes transatlánticos. Para ellos este Cenáculo de muchedumbres era como la revelación de un sueño esplendoroso para el porvenir. Llegaron los norteamericanos, desafiando el confort, a fundirse a esta pleamar del Espíritu Santo con los pueblos perseguidos y martirizados.

No faltaron los pueblos españoles: los de Castilla, la Mancha, Andalucía y Extremadura, los del Norte y los insulares. Capitales y aldeas se volcaron en autocares improvisados y dieron su primer abrazo a los pueblos de Hispanoamérica, a sus hermanos de sangre y de cultura.

Barcelona ha sido el cáliz de la expiación, la urbe de la catolicidad, donde, por unos días, millones de seres han urgido con sus oraciones al Dios de los fuertes para que la paz venga sobre la dolorida Humanidad. No cualquier paz, sino la de Cristo, la paz que se consigue con la violencia de la propia inmolación y la justificación por las propias obras. La paz de las familias y la de los pueblos, la paz del hombre y la paz social.

Puede decirse muy bien que el XXXV Congreso Eucarístico Internacional ha sido el más ambicioso y prometedor de los celebrados hasta ahora. Ha de dejar huellas imborrables en la historia del Cristianismo. El Cáliz y la Hostia han quedado en el aire sobre todo un continente como universal y absoluta promesa de resurrección espiritual. Tanto el Occidente escarnecido como los países de ultramar vinieron a afirmar su constancia en el credo, su unidad indestructible y su comunión fraternal y santificadora.

La adhesión entusiasta de millones de almas en Barcelona al Vicario de Cristo no tiene precedentes y es el signo seguro y visible de que la Cristiandad está en pie.

Un gobernante ejemplar, con acendrado espíritu de servicio cristiano, proclamó en tan alta y solemne ocasión la fe católica, apostólica, romana, de la nación española, mereciendo que el Papa reinante, Pío XII, haya señalado a España como ejemplo para el mundo entero.

(Textos: J. L. Castillo-Puche y Joaquín Campillo.)



Su Santidad Pío XII da en Roma la salutación de despedida al Legado Pontificio, cardenal Tedeschini, y al resto de la Misión, antes de su salida para Barcelona, sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. (F.: Cifra Gráfica.)

El Legado Pontificio desciende del tren en Barcelona. Le espera el Gobierno español y centenares de miles de personas, que vitorean y aclaman incesantemente al Papa y a España. En nombre del Jefe del Estado, dió la bienvenida al representante pontificio el ministro de la Gobernación, excelentísimo señor don Blas Pérez. (F.: Pérez de Rozas.)





He aquí la Puerta de la Paz, frente al monumento a Colón, bajo cuyo arco se lee el «Benedictus qui venit in nómine Domini», con que la ciudad entera saluda al enviado del Romano Pontífice. Todos los buques del puerto hicieron sonar sus sirenas, repicaron las campanas todas de la ciudad y la población se desbordó en masa por las calles para recibir al ilustre purpurado. Barcelona vistió la tarde del 27 de mayo sus mejores galas, demostrando el arraigo de la fe de todo un pueblo. (F.: T. A. F.)



Su Eminencia, rodeado de los obispos y miembros del Gobierno, a su llegada a Barcelona, mientras las baterías de Montjuich disparaban las salvas de ordenanza y las bandas militares interpretaban los himnos pontificio y nacional. (F.: Pérez de Rozas.)



El cardenal Tedeschini, acompañado del alcalde de Barcelona, doctor Simarro, escoltado por la Guardia Municipal de gran gala, a su paso por las Ramblas en coche descubierto, mientras la multitud apiñada en las calzadas le aclama. (F.: P. de Rozas.)



Ramblas arriba, desde el puerto, la multitud espera en las aceras el paso de quien un día supo dar a este pueblo creyente la libertad de poder rezar a su Dios. Su paso por las calles fué de un júbilo indescriptible y los miles de extranjeros comprendieron perfectamente que España tiene razón. (F.: T. A. F.)

FRANCO SE ARRODILLA ANTE EL SEÑOR DE LOS EJÉRCITOS

COMO un español más, como católico y Jefe de un Gobierno auténticamente cristiano, el Generalísimo Franco acudió a Barcelona a rendir el homenaje de su fe y de su fervorosa adhesión a la Santa Sede.

Franco llegó para arrodillarse ante el Señor de los señores. Allí, en la plaza de Pío XII, ante el altar del Congreso, teniendo junto a sí al Gobierno y el asentimiento de la nación entera, leyó la fórmula de consagración de España a la Eucaristía, fórmula que respira una valiente y universal profesión de catolicidad.

Luego, Su Santidad el Papa Pío XII, en un especialísimo mensaje, ha sabido agradecerle este testimonio público de fe con palabras que llenan de esperanza a los católicos españoles, porque en ellas, una vez más, España viene a aparecer en su insobornable función histórica como fuente de inspiración y de valor para una vida profundamente religiosa, la única capaz de hacer frente a los peligros del comunismo ateo.

Un ideal de superioridad moral, de justicia social y de integridad individual y familiar ha presidido las jornadas de este magno y trascendental Congreso, del cual ha dicho el Legado de Roma que constituyó un espectáculo que muy difícilmente volverá a repetirse jamás.

Según el cardinal Spellman, la aclamación desbordante y sincera con que Barcelona recibió a Franco sólo era comparable a la manifestación de entusiasmo con que Nueva York recibió a Lindbergh cuando regresó de su vuelo a París, que superó la de Mac Arthur el año pasado. «La popularidad de Franco es obvia», terminó diciendo el cardinal a la Prensa norteamericana.

No puede ser de otro modo. La popularidad de Franco se fundamenta en su arraigo a las más puras esencias hispánicas: la fe y el rango moral. Franco, no hay que olvidarlo, fué el liberador de Barcelona cuando este pueblo estaba esclavizado a Rusia y no podía rezar y cantar a su Dios como tan ejemplar y devotamente lo ha hecho estos días.



El Generalísimo Franco devuelve la visita al cardenal Tedeschini en el Palacio Nacional de Montjuich. Acompañan a Su Excelencia el ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; el embajador de España en el Vaticano, señor Castiella, y los jefes de la Casa Civil y Militar. Los camareros secretos y guardias nobles de la Misión le reciben a su entrada en el Palacio. El cardenal Tedeschini declaró a los periodistas que era imborrable la impresión que le había producido la presencia y la conversación del Jefe del Estado español. (F.: Pérez de Rozas.)



El Jefe del Estado español y su egregia esposa, doña Carmen Polo, acompañan al cardenal legado al salón del Palacio de Pedralbes, donde le agasajaron con una comida de gala, a la que asistieron cardenales de distintos países, arzobispos españoles, el arzobispo de Ottawa, ministros, embajadores y otras personalidades. (F.: Cifra Gráfica.)



El Jefe del Estado español, acompañado de su esposa y del ministro de Educación Nacional y la señora de Ruiz Giménez, visitan la Exposición de Arte Sacro, organizada con motivo del Congreso Eucarístico en el palacio de Tinell y capilla de Santa Agueda, donde admiraron las valiosas joyas eucarísticas españolas, que formaban un conjunto sin igual en el mundo. (F.: Pérez de Rozas.)

LAS JUVENTUDES Y EL EJÉRCITO

IBAN sin armamento. Porque sólo a Dios, Señor de los que combaten, rinden sus armas los ejércitos. El Ejército de tierra, la Marina, la Aviación, vestidos de gran gala, formaron desde las escalinatas del Palacio Nacional de la Exposición hasta la plaza de España, a pleno sol, para honrar al Dios de las batallas. Los soldados bisoños, los veteranos, los oficiales recién salidos de las Universidades, los que aun tienen en sus oídos el fragor de los estruendos guerreros, los generales que conocen el sabor agri dulce de la victoria, todos, todos, formaron allí...

El Ejército español estaba presente, representado en aquellas nueve compañías de marinos, una de Aviación, cuatro de Infantería, dos escuadrones de Caballería, dos baterías de artilleros, siete compañías de Zapadores, una de Transmisiones, dos de Automovilismo, tres de Intendencia, una de la Guardia Civil y cuatro de la Policía Armada.

Sólo la compañía que había de rendir honores al Sacramento llevaba armas. Los demás—prácticamente todos—iban sin armamento. Lo que imprimía un perfecto simbolismo a la presencia del Ejército en el homenaje a la Eucaristía. Vigilantes, sí, pero pacíficos. Ellos aben que «los hombres necesitan del sosiego de la comunión eucarística, porque en sus corazones es donde comienza el espíritu bélico». Y sus corazones, los corazones de estos soldados españoles, alimentados con el manjar de la Paz, alientan la paz. No hay contradicción ninguna, sino afirmación rotunda de catolicismo militante en la imponente parada de los ejércitos de España ante el Señor de los ejércitos.

Allí estaban los herederos de una generación de mártires y héroes, que hicieron posible el Congreso Eucarístico abriendo, a costa de sus vidas, un camino de paz. Allí estaban muchos de los que, con sus propias manos, elaboraron la ruta victoriosa, dejando en la empresa pedazos de su vida. Allí estaban, dando ejemplo al mundo de una piedad viril, individual y colectiva, sin respetos humanos, al aire libre, abrigada por el sol, que sacaba chispas de cruces y medallas, ante los ojos del mundo entero...

Actitud vigilante y gallarda, que sólo se humilla ante el Todopoderoso. Y que fué refrendada, después, por esos diez mil muchachos que encarnaron la idea de que la vida es milicia. Los diez mil muchachos que honraron al Señor en su siervo el rey Fernando, ejemplo redivivo de soldado y santo, y cuya norma de vida, vertida en términos de hoy, fué expresada desde los muros del Alcázar por otro joven de vida santificada: «Tirad, pero tirad sin odio.»

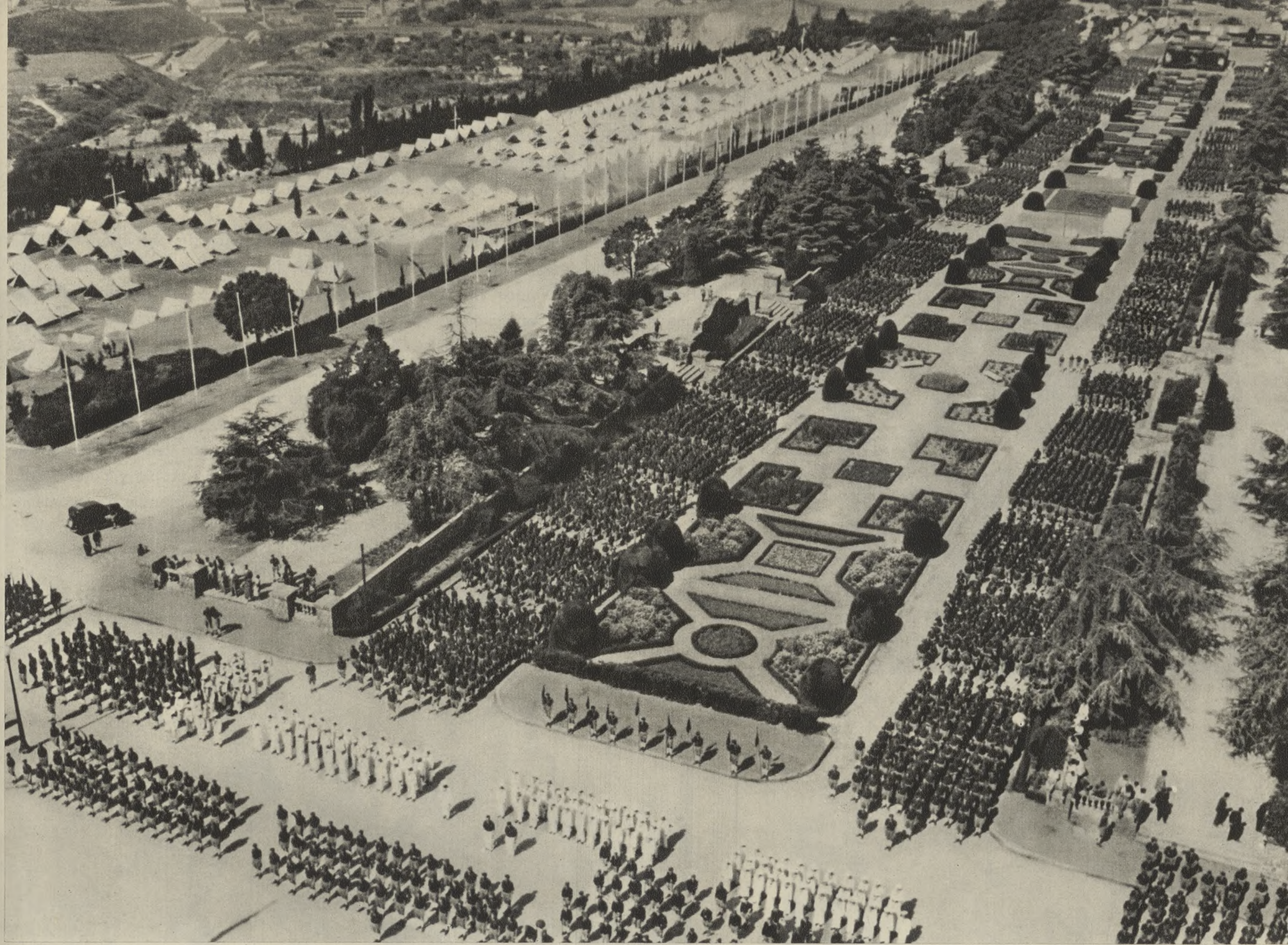


La presencia de diez mil muchachos de las organizaciones juveniles españolas fué la nota alegre y apasionada del Congreso. Los muchachos hicieron su vela ante el Santísimo, confesaron y comulgaron con una piedad juvenil e intrépida. El Frente de Juventudes dió un claro y bello ejemplo de sentir y rezar junto a la Iglesia (F.: T. A.F.)

LAS ARMAS SE RINDEN

El día de San Fernando, el Frente de Juventudes—esperanza de España—ofrendó en Barcelona a Su Excelencia el Jefe del Estado una maqueta con la catedral de Santiago de Compostela, símbolo de catolicidad. (F.: P. de Rozas.)





La juventud de España quiere la paz, pero una paz justa. En perfecta formación, vigilantes, entusiastas, estas filas del Frente de Juventudes—almas sanas en cuerpos sanos—rindieron su rodilla ante la divina realeza. (F.: Pérez de Rozas.)

La paz es sólo de quienes saben merecerla con su propio esfuerzo y valor. El cardenal Gouveia afirmó que la ceremonia más emocionante del Congreso fué la comunión colectiva del Ejército, presidida por los ministros del Ejército, Marina y Aire. (F.: Cifra Gráfica.)





Franco saluda complacido a los muchachos del Frente de Juventudes que llegaron a Barcelona, poblando con sus cánticos y su fervor las luminosas jornadas del Congreso. (F.: Pérez de Rozas.)



El obispo de Seo de Urgel, co-príncipe de Andorra, se dirigió a tres mil representantes del Ejército español, recordándoles que sólo del cielo viene la fuerza y que la paz brota sólo del espíritu de justicia y de caridad. (F.: Branguli.)



Vida castrense, vida de campamento, hermanados la disciplina y la camaradería. Este campamento modernamente instalado albergó a unos diez mil muchachos del F. de J. (F.: Cifra Gráfica.)

CERCA de ochocientos mil obreros de todos los rincones de España sellaron con su presencia fervorosa, en la tarde del día 29 de mayo, su fe en Cristo obrero, Cristo trabajador, Cristo hermano nuestro, hecho víctima y ejemplo en la Eucaristía. Toda la avenida de María Cristina, desde las primeras escalinatas que llevan al Palacio Nacional, hasta la plaza de España, era un río incontenido de fervor.

Hora y media duró el acto. Y el sol vigoroso y alegre de primavera cuajada no consiguió romper, en la asamblea de fieles, la actitud entusiasta primero—a la llegada de prelados y ministros—, reverente después—durante la presencia de Jesús-Hostia—, emocionada siempre... Hora y media de imponente afirmación de la fe de los obreros en Jesús Obrero.

Hablaron los prelados: el de Barcelona, el de Tarragona, el primado de las Españas... El último fué el cardenal arzobispo de Nueva York, Mons. Spellman (en la foto siguiente). Y él fué quien dijo en alta voz el pensamiento que bullía en las mentes de aquellos ochocientos mil obreros: «Hemos venido a esta Asamblea a demostrar al mundo que la Eucaristía es el medio propio y natural para procurar al orbe la paz del hombre y para el hombre.» O comunión o comunismo.

Los Sindicatos de productores españoles están con la Iglesia.



LOS SINDICATOS CON LA IGLESIA



El doctor Arriba Castro, arzobispo de Tarragona, dirige la palabra a la multitud de productores congregados en la avenida de María Cristina, durante el homenaje de los obreros a la Eucaristía, acto singular que trasciende a toda política terrena.

Abajo: Un aspecto de la inmensa muchedumbre, formada por cerca de 800.000 productores, entre patronos, técnicos y obreros, asiste a los actos celebrados el Día de la Eucaristía y la Paz Social en el recinto de la Exposición. (F.: Pérez de Rozas.)





En grupos de treinta y nueve, los diáconos, con su obispo oficiante a la cabeza, como «verdaderos atletas de la fe»—según palabras del legado—, esperan ser llamados por sus nombres para dar el «adsum» definitivo del sacerdocio. Sobre el césped, veintiún altares. Preside la ceremonia el legado, con cuatro cardenales más y ciento cincuenta arzobispos y obispos. Fué sobrecogedor el instante en que la «Scholla» del Seminario entonó el «Veni Creator». (F.: Pérez de Rozas.)

LA GRAN PENTECOSTÉS

OCROCIENTOS veinte cuerpos jóvenes de España, Argentina, China, Cuba, Francia, México, Perú y Portugal se han inmolado sobre el césped del estadio de Montjuich como víctimas de la pacificación universal. Al sonar la campanilla, todos repetirán la voz del oficiante que dice el «Hoc est enim Corpus meum», todopoderoso de la Redención. El público y los familiares siguen desde las graderías la celebración del impresionante rito por el cual estos jóvenes de todos los climas y latitudes adquieren, bajo la unidad del dogma y de la liturgia católica, el poder de consagrar el Pan y el Vino, perdonar los pecados y enseñar el Evangelio. Entre todos los actos del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, sobresaldrá en el recuerdo de la Cristiandad esta emocionante ordenación en masa celebrada en Montjuich.

Todo el estadio de Montjuich era un altar. Más aún: una patena, una oblación. Estos ochocientos veinte sacerdotes nuevos forman una inmensa hostia, que el Santo Padre ofrece por los pecados del mundo. Fué un espectáculo sin precedente en la historia de la Iglesia. Al terminar la ceremonia, las manos consagradas fueron besadas en santa disputa por la multitud. (F.: A. Campaña.)



ALMA BLANCAS



Frente a la fachada majestuosa del templo de la Sagrada Familia se posó este copioso enjambre de trajecitos y velos blancos: millares de niños barceloneses, que han puesto en la oblata pacífica del Congreso sus almas inocentes. Blancas eran también sus voces, que cantaron y rezaron, pidiendo al Señor un mañana más risueño para la angustiada humanidad. Estas voces, al menos, habrán llegado al Altísimo. Padres y madres lloraban, juntando al candor de sus hijos un gozo inexplicable. (F.: P. de Rozas.)





En una mañana radiante y hermosa, ante los brazos implorantes del templo de la Sagrada Familia, padres y madres, con sus hijos, esperan el momento de la comunión, en la que cincuenta sacerdotes van a repartir la fortaleza para la vida eterna a tantos y tantos millares de niños. (F.: Pérez de Rozas.)

Este día ya no lo olvidarán nunca estos niños, y acaso el poder de sus oraciones sea el gran resorte que mueva a piedad a Jesús para concedernos esa paz tan anhelada y tan vilipendiada en tantos lugares de la tierra. En Barcelona se ha puesto la «primera piedra» para la paz del mundo. (F.: Suárez.)



LA FAMILIA ANTE CRISTO

DOSCIENTAS mil familias fueron consagradas al Corazón de Jesús en la plaza de Pío XII. Leveron la consagración un almirante español, con su esposa y sus catorce hijos; un padre de ocho hijos religiosos y una viuda madre de cuatro hijos mártires. Este fervor lo sintió toda Barcelona, donde no hubo casa ni balcón que no pusiera, en homenaje de ofrenda y gozo por la familia cristiana, sus colgaduras e iluminaciones. Sólo así la paz puede ser algo efectivo y duradero. Barcelona entera había abierto la puerta de sus hogares a los peregrinos ricos y pobres que llegaron de todos los confines del mundo: familias holandesas junto a filipinas, portuguesas junto a australianas... La cortesía y la hospitalidad de Barcelona, impregnadas de hondo sentido cristiano, impresionaron vivamente a los congresistas. El cardenal Spellman dijo que «el mundo está enfermo y la esperanza es la familia, única garantía de una nación sana y fuerte». Los miles de familias españolas allí presentes comprendían perfectamente la realidad de estas palabras.



Obispos de los más remotos países contemplan extasiados estas interminables comuniones de hombres. Porque también los hombres comulgaron por millares. Más de 200.000 se postraron en la plaza de Pío XII para recibir a Jesús-Eucaristía. ¡Cuántas gracias derramadas sobre Barcelona! (F.: Suárez.)

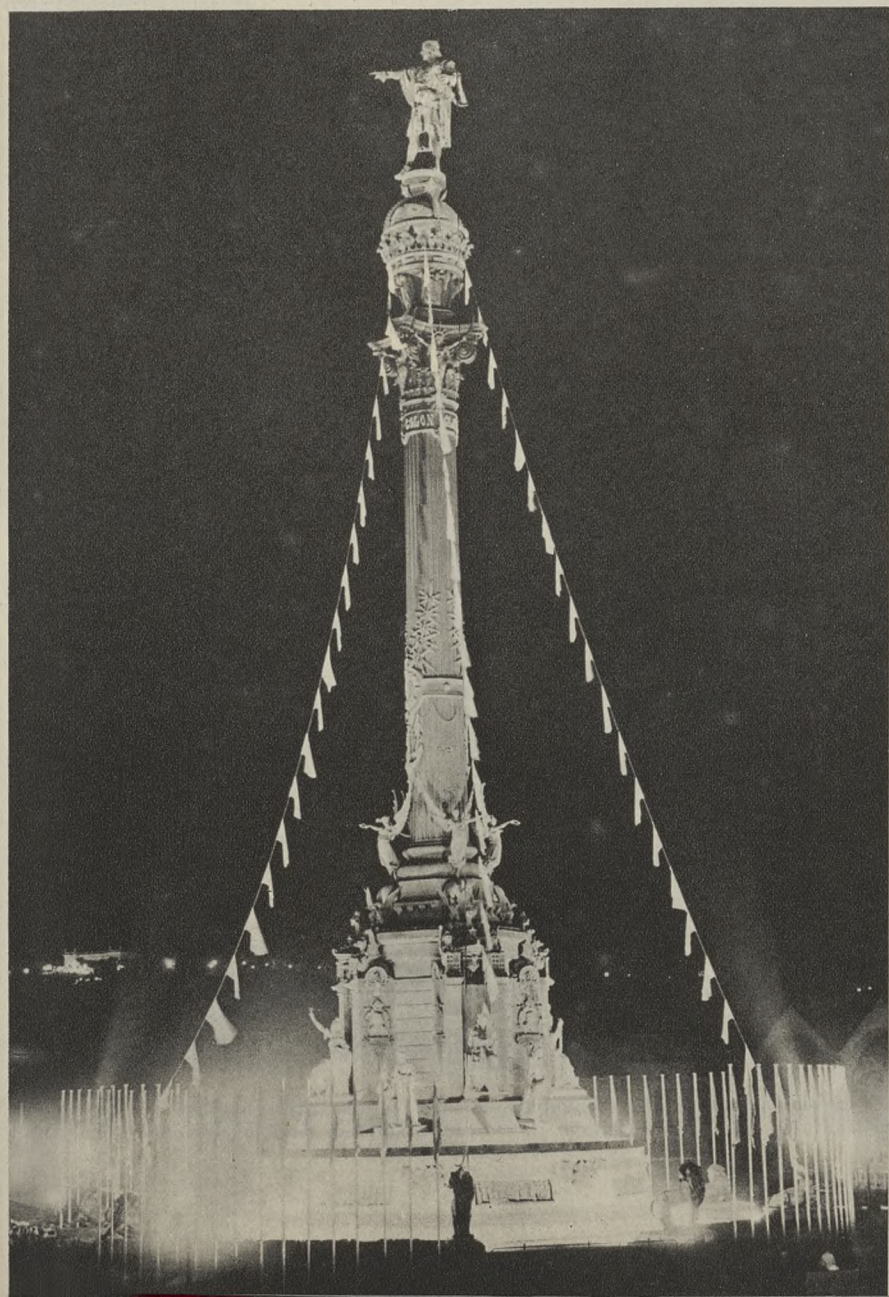
Una simple silla de tijera sirve de confesonario. Centenares de sacerdotes trazaron la cruz del perdón en el silencio de la noche. Trescientos sacerdotes repartieron luego la comunión a doscientos mil fieles, durante cinco cuartos de hora, en un fondo de más de dos kilómetros. (F.: Cifra Gráfica.)



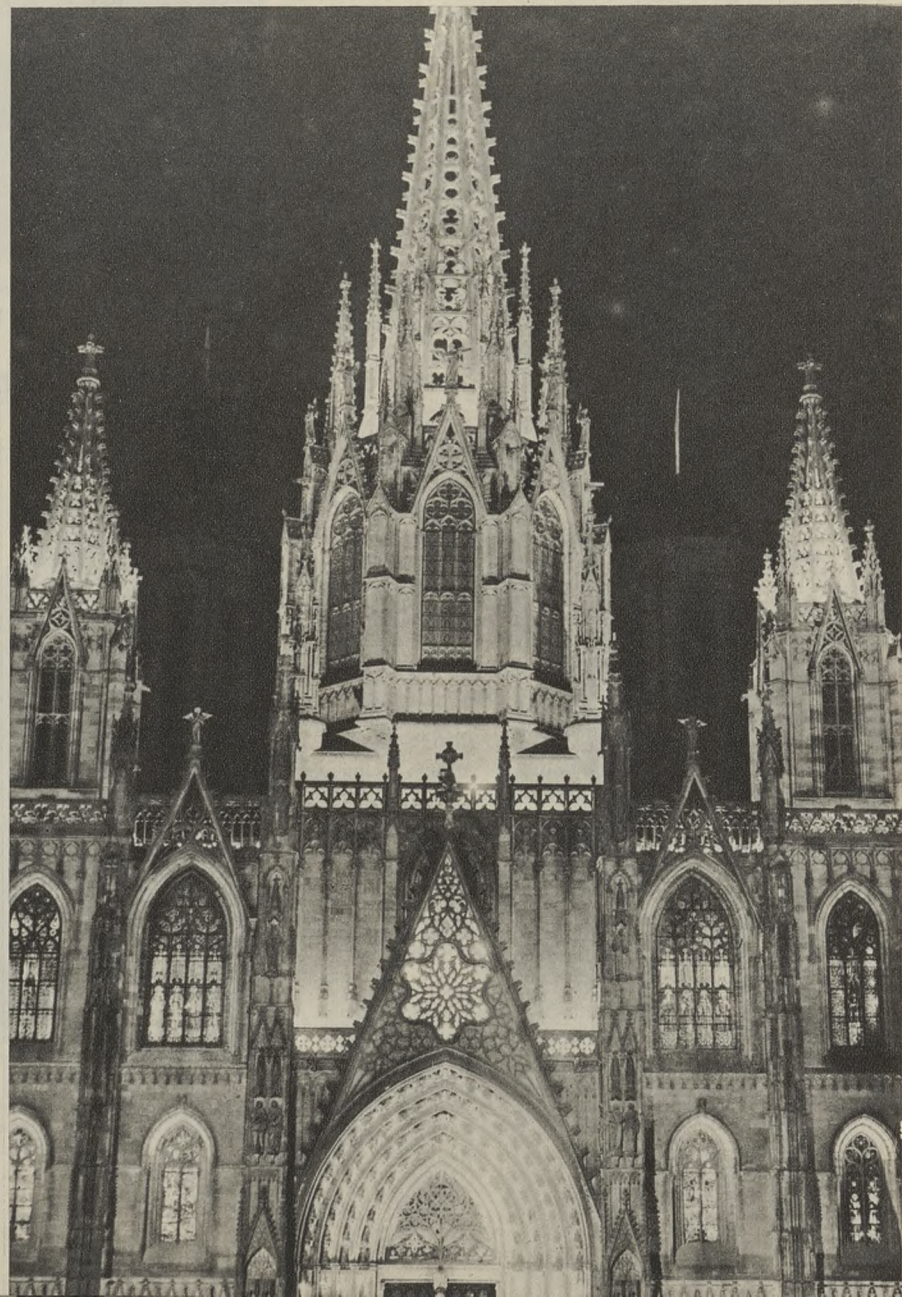


En lo alto del Tibidabo fué expuesta Su Divina Majestad en un templete, para celebrar una memorable Hora Santa, que culminó en una fervorosa comunión de miles de jóvenes. Toda Barcelona iluminada era en la noche como una alfombra de luz tendida a los pies del Señor y por doquier se escuchaba el clamor del «Pange Lingua». (F.: Pax.)

El monumento a Colón, junto al puerto. También en los barcos se celebraban Horas Santas. El cardenal Spellman dirigió una a los americanos en el «Constitution».



La catedral de Barcelona, como una inmensa custodia de luz. Sus afiligranadas torres fueron en los días del Congreso como manos puestas en incesante oración. (F.: Cifra.)



EL CONGRESO EN CIFRAS

MUCHEDUMBRES eucarísticas como las de Chicago y Buenos Aires han sido superadas. Barcelona parecía Roma el día de la proclamación del dogma de la Asunción. Cuatrocientos millones de católicos vivían a la escucha de los grandiosos actos. Sólo Barcelona, con su capacidad de organización y su potencia en comunicaciones, ha podido cosechar tan rotundo y colosal éxito.

Desde la víspera de la inauguración del Congreso comenzaron a llegar trenes especiales. Cada diez minutos entraba un tren procedente de la frontera o del interior. Hay que tener en cuenta que los trenes de las provincias cercanas, que llevaban peregrinos para cualquiera de los actos, lo hacían por docenas. Más de 500 trenes especiales llegaron a la Ciudad Condal con motivo del Congreso. Habrá que unir a esto los aviones especiales y los barcos. El puerto de Barcelona presentaba un aspecto que superó en mucho al que ofreció con ocasión de la famosa Exposición Internacional de 1929. Los autocares y coches particulares se contaban por millares, y los lugares de aparcamiento ocupaban kilómetros y más kilómetros. El embotellamiento de la ciudad se hacía inevitable a algunas horas.

Funcionaban en las calles de la gran urbe más de 800 altavoces, perfectamente sincronizados, y unos 200 micrófonos. El tendido de la línea pasaba de los 60 kilómetros. Otro detalle que ha resaltado extraordinariamente ha sido la iluminación: toda Barcelona era un ascua de luz. Millares de cruces daban al cielo, en la noche primaveral, una visión fantástica. Se han vendido ocho kilómetros de tubo fluorescente y se han agotado las existencias de bombillas en toda la región, computadas en más de cuatro millones.

Había escuelas donde se servían en muy poco tiempo 3.000 desayunos, almuerzos y cenas.

Los servicios de Prensa han funcionado magníficamente. Existía un local preparado donde corresponsales extranjeros y periodistas nacionales podían despachar rápidamente sus trabajos. Se encontraban en Barcelona 164 corresponsales y enviados acreditados de 31 países diferentes. Los periodistas nacionales desplazados a la capital mediterránea pasaban de 240. Había 35 cabinas, con 30 líneas directas hasta París, Londres, Alemania, Nueva York, Lisboa, etcétera. Existían traductores y máquinas dispuestas a toda hora.

Barcelona y su periferia, grandes avenidas y barrios populares, aparecían engalanados con colgaduras, damascos, gallardetes, escudos y banderas. Se vendían silletines plegables para poder esperar en las colas. Dos horas solía tardarse en penetrar en cualquiera de las Exposiciones.

Se vendieron centenares de miles de abanicos-sombrero y unos elementales aparatos toma-vistas para ver las escenas salvando los obstáculos.

La calle ofrecía un aspecto único, deslumbrante y pintoresco a la vez. Junto a los fraques y las chisteras y los maceros y las sobrepellices y las tocas, los trajes humildes de los peregrinos europeos. Junto a la bandera alemana u holandesa, la filipina o la ecuatoriana. La gente caminaba por las calles en oleadas, y los coches formaban verdaderas torrenteras. Organizaciones y grupos, marinos, aviadores, seminaristas de todos los países, seguían a los «celadores del orden», que, en número de 2.000, se habían repartido por la ciudad para orientar a los congresistas. Solamente para atender a los servicios del stadium funcionaron 40 grupos, muchos de ellos motorizados. Más de 300 coches y motocicletas fueron prestados por sus dueños a las autoridades civiles y eclesiásticas para estos fines.

El número de atendidos, en la mañana del pontifical, por los servicios de Sanidad pasó de los 2.000. El sol era ardiente.

El espectáculo de una ciudad embellecida como lo estaba Barcelona, de una riada humana hermanada como no se ha visto nunca, y la atmósfera de religiosidad que transpiraba el Congreso, son hechos inolvidables.



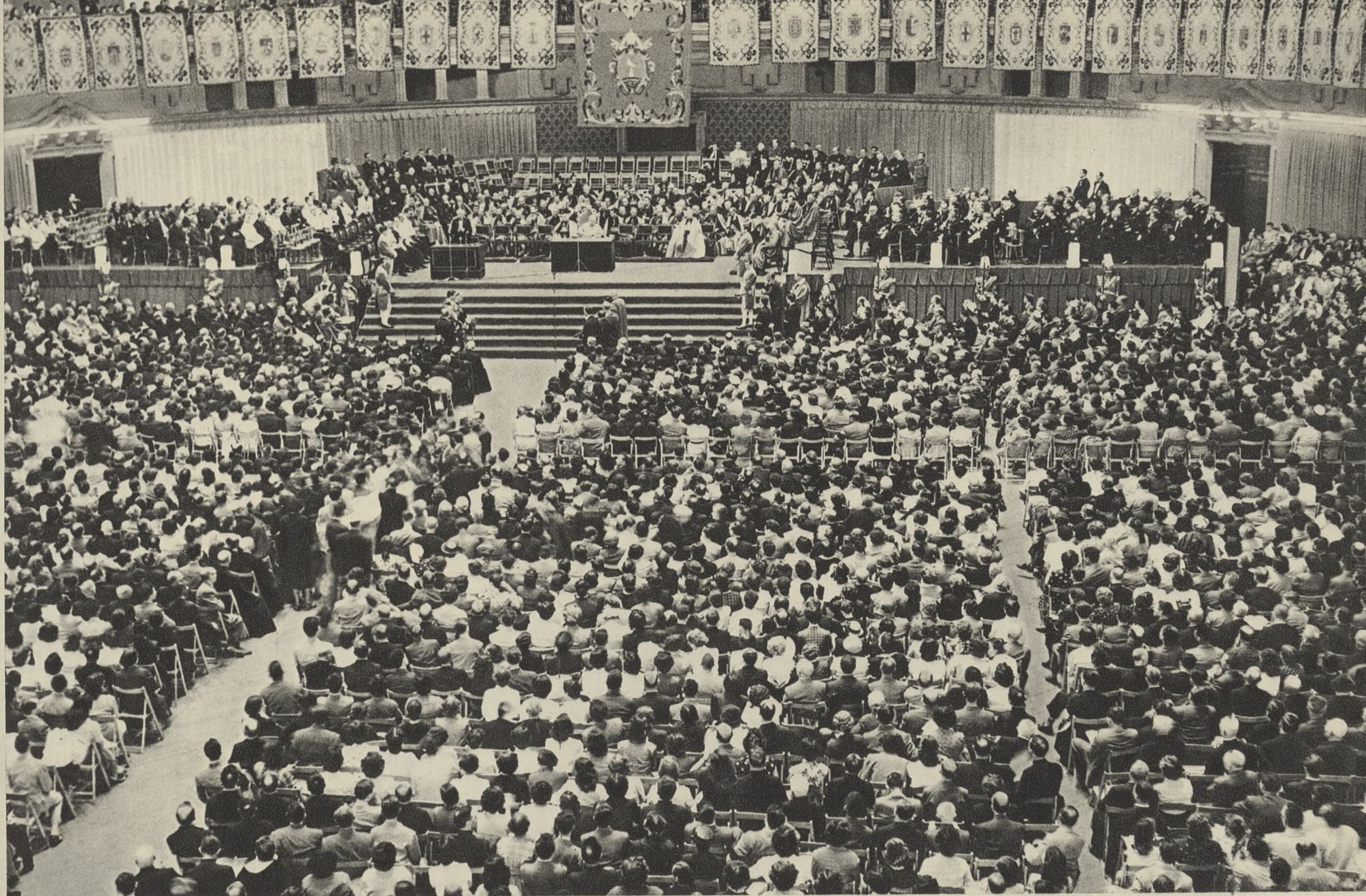
Un aspecto parcial del salón de actos del Palacio Nacional de Montjuich, durante el concierto del «Orfeo Catalá». En la presidencia, el legado pontificio, que aplaude una de las interpretaciones ejecutadas. (F.: Branguli.)



A los ochenta y cuatro años, el poeta francés Paul Claudel vino devotamente a Barcelona, donde actuó—junto a un catalán, un chino y un alemán—como mantenedor del certamen poético eucarístico. (F.: Cifra Gráfica.)



El ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, pronunció, en uno de los actos académicos, un importante discurso sobre «La Eucaristía y la paz internacional» en el Auditorium del Palacio Nacional. (F.: Cifra.)



Aspecto del Palacio de la Música durante la celebración de uno de los actos académicos. «Más de la mitad del continente euroasiático es como un inmenso altar satánico donde Cristo está vivo, reconocido por un largo "credo" de blasfemias y una metódica liturgia de persecución», dijo José María Pemán. (F.: Pérez de Rozas.)

Obispos y miembros de la nutrida peregrinación norteamericana presencian la entrada triunfal del cardenal legado, desde las aceras de las Ramblas. La peregrinación de los Estados Unidos, por lo numerosa y relevante, llamó la atención de los católicos de todos los países, congregados en Barcelona. (F.: Pérez de Rozas.)





BARCELONA ha sido cáliz. Cáliz a la vez místico y real, a cuyo alrededor se ha postrado la Cristiandad entera, en la primera asamblea ecuménica que la Iglesia Romana celebra después de la gran conflagración mundial. Barcelona tenía también algo de Concilio.

Con su alma abierta siempre al mar por el que vino la palabra de Cristo, en un día perpetuo que duró siete días, ha sido la ciudad en paz puesta sobre el monte para iluminar al mundo con el espectáculo del amor.

El Congreso de Barcelona no ha tenido como fin primordial abordar cuestiones teológicas. No ha entrado en la discusión de conceptos dogmáticos o de las tendencias actuales de la Iglesia. Sólo ha querido subrayar, ante la faz del mundo, que le ha contemplado con actitud amistosa u hostil, pero nunca indiferente, la potencia indecible de la oración. Treinta y tres lenguas distintas han rezado las mismas plegarias a lo largo y a lo ancho del Congreso. Torre de Babel a la inversa, todas ellas han convergido en un solo punto: Jesús-Eucaristía, víctima por la paz.

Y ello ha ocurrido en Barcelona, que se ha dejado cruzar desde los montes al mar por el látigo invisible de la suprema tensión religiosa. Barcelona en paz, dentro de una España en paz, ha sido el cáliz gigantesco ofrendado por todo el mundo católico en el Congreso Eucarístico de la Paz.

El Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, y su esposa, en la solemne misa pontifical oficiada, en la mañana del último día del Congreso, por el cardenal legado de Su Santidad, en el altar monumental de la plaza de Pío XII, a la que asistieron medio millón de fieles. (F.: Pax.)



EL PONTIFICAL

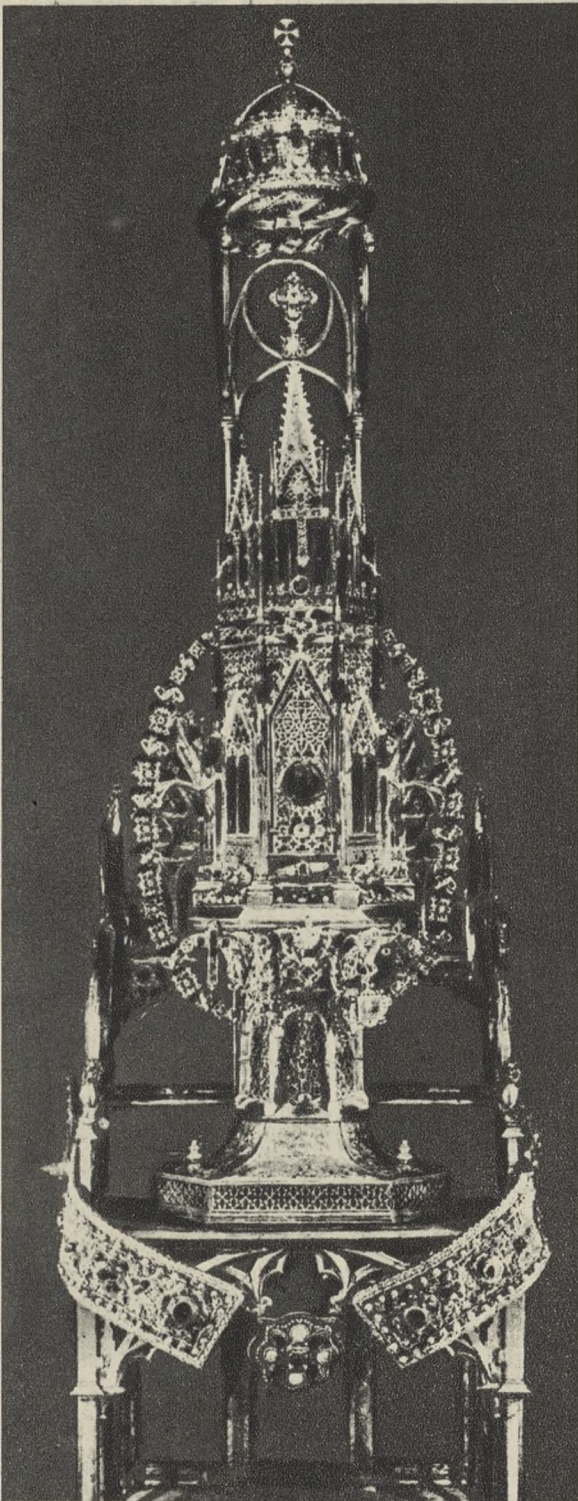
El solemne pontifical, oficiado por el cardenal Tedeschini y ofrecido con él por príncipes de la Iglesia, prelados y fieles de todo el orbe cristiano, reunidos en la ciudad condal, fué uno de los más impresionantes testimonios de la unidad de la Iglesia católica. Unas cien mil voces cantaron esta misa ecuménica de apoteosis litúrgica. (F.: T. A. F.)

Va a dar comienzo la pontifical. Bajo un sol cegador, millares de fieles aguardan la llegada del legado, cardenal Tedeschini.

El Gobierno español en pleno, con los embajadores, asisten, desde una tribuna próxima al altar, a la misa pontifical oficiada por Su Eminencia el legado pontificio, cardenal Tedeschini. (F.: Cifra Gráfica.)



EL CORTEJO TRIUNFAL EN MARCHA



Cinco siglos de veneración lleva ya la custodia de la catedral de Barcelona, la joya más entrañablemente querida de todos los barceloneses. (F.: Pax.)

A las cinco y media comenzó la gran procesión. Era un cortejo cuya visión estremecía el alma. Al fondo del paseo del Generalísimo, la esbelta cruz parecía desprenderse de la tierra.

La Sagrada Hostia enviada por Su Santidad presidía ya, desde el viril de la reina de las Custodias—la de Toledo—, el triunfal cortejo. Al pie de la Custodia, inmóvil, con el misal entre las manos y cubierto con la Capa Santa, el cardenal legado iba avanzando entre ríos silenciosos de gente que abrían paso, se arrodillaban y rezaban.

Iban dentro del cortejo los prelados orientales, el exarca de Atenas, el abad benedictino de Getsemaní, obispos y jerarcas de Antioquía, de Armenia, del Líbano, de Egipto... Más de trescientos obispos con sus capas pluviales. Después, los cardenales de Westminster, Sydney, Colonia, Nueva York, Brasil, Portugal, Perú, Francia, Argentina... Los peregrinos de América, de China, japonesas con kimonos, indostánicas con mantos azules, americanos de sport, alemanes, belgas...; todos, de rodillas en las aceras, ven pasar la gloria del Sacramento. Los uniformes de las Ordenes militares, de los Caballeros, de la Nobleza, van también en la escolta. Los veinte mil sacerdotes incorporados a la procesión forman una nube blanca, que el incienso, traído de América, transfigura.

Después del violeta episcopal y del rojo cardenalicio, hizo su silenciosa y patética aparición «la Iglesia del dolor», aquellos miles de católicos desterrados que parecían haber salido de las Catacumbas para cantar en plena calle, durante unas horas, al Rey de la Gloria. Iban los croatas, con el

general Brosovitz a la cabeza. Iban los polacos, con el general Anders, y los húngaros, tras el archiduque Otto... Venían después los lituanos, los estonianos, los ucranianos, los eslovacos, los chinos... Todos ellos llevaban pancartas, con letras que parecían escritas con sangre. Sonó algún viva al cardenal Mindzenty y al obispo Beran, viva que se ahogaba entre lágrimas y súplicas. Entre los alemanes, caminaba, ostentando en el pecho sus condecoraciones, Von Papen, y también desfilaba el ex rey Humberto de Italia. Irlandeses y puertorriqueños se abrazaban en ansia de caridad al leer aquellos letreros: «Libra, Jesús, a Lituania del asesinato», «Eslovaquia, fiel a Cristo», «China libre»... Era la procesión del amor, el amor que pedía libertad para amar... Humildes hombres que traspasaban todos los telones del mundo con el poder de la oración.

Los altavoces transmitían oraciones políglotas. Hablaron Chile, Francia, Croacia... El Generalísimo Franco y su Gobierno se unieron al cortejo. Llegaron hasta el altar y se arrodillaron. Dos millones de almas recibieron la bendición del Señor en silencio. En seguida, habló el Papa y la gente se arrodilló. Sus últimas palabras fueron recibidas con vivas ecuménicos, vivas en todas las lenguas, el mismo viva en todos los corazones.

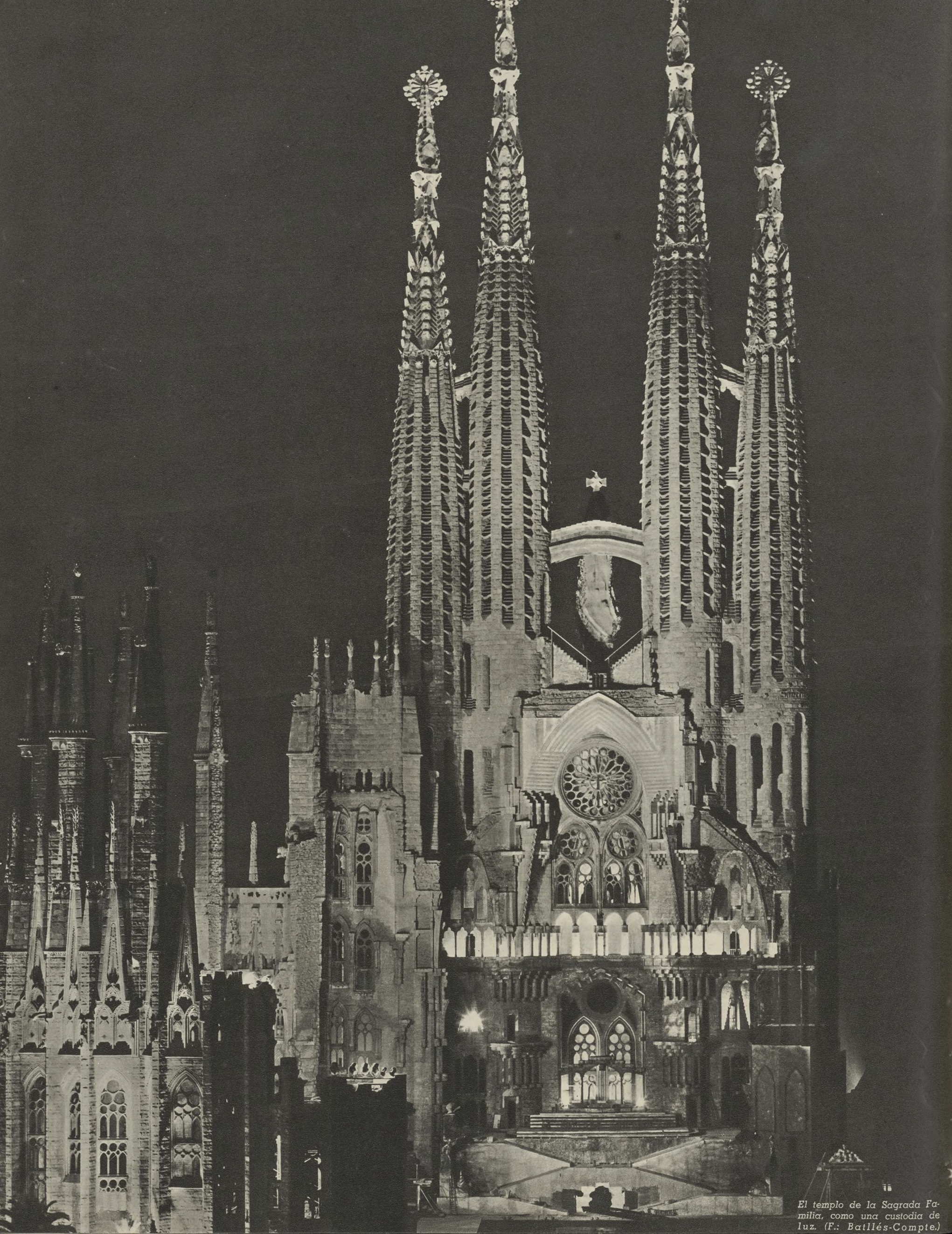
Y Cristo en todas las almas
y en el mundo la paz,

volvían cantando los peregrinos hacia sus casas. Montaban en los coches camino de sus pueblos, con esta plegaria en los labios.

El Gobierno español en pleno, presidido por Su Excelencia el Jefe del Estado, acompaña con cirios encendidos al Santísimo en la gran procesión final que recorrió en triunfo la avenida del Generalísimo, hasta la plaza de Pío XII, ejemplo de religiosidad y devoción, que tantos obispos de la Iglesia desearon para sus pueblos. (F.: P. de Rozas.)







El templo de la Sagrada Familia, como una custodia de luz. (F.: Batllés-Compte.)